La Novela Corta

EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS

POR

GUSTAVO A. BECQUER

NÚMERO HOMENAJE

Año II Madrid 24 de Noviembre de 1917 Núm. 99

LA NOVELA CORTA Director: José de Urquía

HOMENAJE A LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX

LA NOVELA CORTA, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, ***para complementar su apostolado de divulgación literaria*** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos ***UNA SOLA OBRA*** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

LARRA.--El Doncel.
ESPRONCEDA.--Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOSURA.--El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.--Doña Isabel de Solís.
ENRIQUE GIL.--El Señor de Bembibre.
FERNANDEZ Y GONZALEZ.--La maldición de Dios.
OTEG Y FIS.--Abelardo y Eloisa.
HARTZENBUSCH.--La hermosura por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.--El donativo del diablo.
PASTOR DIAZ.--De Villahermosa a la China
AIGUALS DE IZCO.--La Marquesa de Bellaflor.
NAVARRETE.--Una historia de lágrimas.
PEREZ ESCRICH.--El Cura de aldea.
PILAR SINUES.--La rama de Sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.--Las ruinas de mi convento.
CANOVAS.--La campana de Huesca.
VICCETO.--Los hidalgos de Montorte.
BALAGUER.--La espada del muerto.
NAVARRO VILLOSLADA.--Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.--Ave Maris Stella.
CASTELAR.--La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

FERNAN CABALLERO.--La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.--La protección de un sastre.
EL SOLITARIO.--Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.--Escenas matritenses.
PEREDA.--ANTOLOGIA.
VALERA.--ANTOLOGIA.
CLARIN.--ANTOLOGIA.
SELGAS.--Nona.
ALARCON.--El Niño de la Bola.
ARTURO REYES.--Una novela.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

ZORRILLA.--Recuerdos de tiempo viejo.
TRUEBA.--Cuentos campesinos.
BECQUER.--El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.--Sigea.

ESCRITORES

GANIVET.--Pio Cid
SILVERIO LANZA.--Medicina rústica.
TASCADA.--Una novela.
EUSEBIO BLASCO.--Una novela.
ALEJANDRO SAWA.--La noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por LA C. DE PARDO BAZÁN, RODRÍGUEZ MARÍN, AZORÍN, M. BUENO Y CRISTÓBAL DE CASTRO.

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán interpolados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

NÚMERO HOMENAJE A LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX

Gustavo Adolfo Becquer

UJa EDITORIAL

Edición facsímil realizada con motivo de la celebración
del Día Internacional del Libro 2019

Depósito Legal: J-287-2019

Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1836-Madrid, 1870)

Es considerado el padre de la poesía moderna española. Los modernistas (Rubén Darío, los Machado, Juan Ramón Jiménez, entre otros) hacen suya su lírica intimista y, tanto ellos como la *joven literatura* de los años 20 y 30 (que conmemora su centenario de 1936), la convierten en corriente central de la lírica hispánica del siglo XX. Las leyendas de Bécquer también son innovadoras, y en muchas ocasiones se aproximan a la prosa poética o al poema en prosa. Por eso no es extraño que, en 1917, el «Número homenaje a los novelistas españoles del siglo XIX» de la popular colección de quiosco *La Novela Corta* esté dedicado a Bécquer, y reproduzca la primera de sus leyendas (no el primero de sus relatos, que es el breve «Mi conciencia y yo», de 1855), «El caudillo de las manos rojas», acompañado, en la cubierta, de un dibujo de su retrato más conocido (el realizado por su hermano, Valeriano Domínguez Bécquer, en 1862, hoy en el Museo de Sevilla).

«El caudillo de las manos rojas» se publicó por vez primera en el diario madrileño *La Crónica* en 1858 (a lo largo de varias entregas, desde el 29 de mayo hasta el 12 de junio). Fue recogido de forma incompleta en la edición póstuma de sus *Obras completas* (1871): había un corte desde el canto VI, II: «moradas de los genios» al VII, IX: «entonces se traba…» de la edición original, donde se completa la reconstrucción del templo de Jaganata. Dionisio Gamallo Fierros se dio cuenta y lo reconstituyó en 1948. Por tanto, la versión de *La Novela Corta* es la truncada, la que todo lector leyó a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Bécquer lo subtitula «Tradición india», pero en realidad es un relato original, construido hábilmente a través de diversas fuentes, que el escritor mezcla a su antojo. Se trata de una narración dividida en siete cantos. Su estilo lírico y su ambientación, exótica y sensual, probablemente se inspire más en el *Ramayana* (a través de su traducción francesa) que en el *Mahabarata*, poco conocido entonces en España. En la segunda parte, Bécquer relata la fundación del templo de Jaganata, tomada del libro de Jean Antonine Dubois, *Description of the character, manners and customs of the people of India* (1817, traducida al castellano en 1829), con el que tiene señaladas coincidencias. El motivo central de las manos manchadas de sangre indeleble (y el remordimiento que provoca el asesinato) es de origen folkórico, y aparece en la Biblia, en *Macbeth* de Shakespeare y en *Caín* de Byron, por citar obras que Bécquer conocía bien. Rubén Benítez señala otras posibles fuentes de inspiración para la leyenda, como *La chaumière indienne*, de Bernardin de Saint-Pierre o *Atala*, de René de Chateaubriand.

Bécquer seguramente entra en contacto con la cultura india a través de Manuel de Assas, catedrático de sánscrito que colaboró con él en la redacción de la *Historia de los templos de España*. El poeta dedicó a este ámbito otros relatos, como «La Creación (Poema indio)» (1861) o «Apólogo» (1863). Además, la rebelión de los Cipayos en 1857 puso el tema de moda en la prensa de toda Europa, incluida España. Lo importante es que Bécquer recrea prodigiosamente el estilo de la epopeya y la cosmogonía hindú. El motor del relato es la continua transgresión y los sucesivos intentos de expiación.

La narración es extensa y reiterativa, y concluye de forma abrupta, con la primera ceremonia del *sati* (añadido a la leyenda de invención becqueriana). Su principal valor es, sin duda, el poético: hay fragmentos de algunas rimas, fácilmente identificables (la XIII en el canto III, XI; o la X en la canción del canto III, XIV/III), y una sugerente sensibilidad lírica de una prosa rítmica, lo que se observa en sus descripciones, creación de atmósferas y de estados de ánimo. Destacan sus imágenes visuales (lumínicas y cromáticas), sonoras, táctiles o sinestésicas. Su orientalismo ya no es «morisco», como es habitual en el romanticismo hispano, sino hindú, próximo al que iban a desarrollar parnasianos y simbolistas. Bécquer se introduce en el exotismo indio con tal capacidad mimética que inventa numerosos nombres propios (a cambio, también comete algún *gazapo*, como introducir al cóndor entre los animales de la India). Los «cantos» se dividen en pequeñas unidades, como si fueran estrofas de un extenso poema en prosa, que oscila entre lo épico y lo lírico de forma novedosa, borrando las fronteras entre poema y narración. En toda la leyenda, como en sus rimas, hay una proyección simbólica de un misterio trascendente. Estas *lecciones* pronto serían aprehendidas por Rubén Darío y los modernistas españoles.

Gustavo Adolfo Becquer

Gustavo Adolfo es el Doncel de la Poesía castellana. Tiene el candor viril de un paje enamorado y el prestigio arrebatador de un príncipe lírico. En la noche tempestuosa y trágica de Espronceda, asoma, tímido y tembloroso con la virginidad del primer lucero y la fragancia del primer capullo. Y yá, desde que asoma, «el dulce mal» de Petrarca y de Garcilaso halla en él, juntamente, al apostol y al heresiarca. Porque las «Rimas», son al mismo tiempo, oraciones y blasfemias, y el genio sevillano, que inmortalizó los suspiros del juramento, ha inmortalizado también los sollozos del perjurio. Por eso es el poeta del Amor; porque cuando sus párpados se cerraban, sintió pasar con el Amor los ángeles blancos; porque cuando lo traicionó el Amor y se lo dijeron, «sintió el frio de una hoja de acero en las entrañas.»

Y por eso también, en sus cuentos, en sus artículos, en las negras guerras de su vida y en la blanca paz de su muerte, Gustavo Adolfo es como la antorcha del mito griego, que se pasan, de mano en mano, las nueve Musas fraternales.

En su rica cimera lírica, las «Rimas» son nobles y airosos lambrequins flameados al viento de la inmortalidad. Nuestras generaciones, como las Musas, se trasmiten, de mano en mano, la becqueriana antorcha, nupcial para las golondrinas que se van y vuelven y funeraria para los muertos que se quedan tan solos.

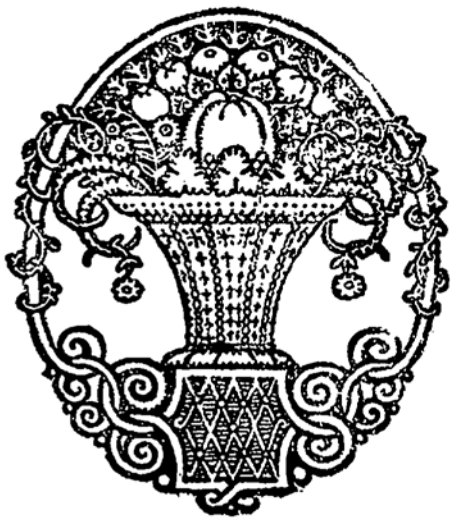
Pero Becquer es, además del Doncel lírico, un novelista exaltador y emocionante. Los «Cuentos de mi celda», escritos en el monasterio de Veruela y entre una crisis espiritual formidable, están iluminados por la inmortal antorcha. Algunos, como «El caudillo de las manos rojas», — derivado, probablemente, de una asombrada y rápida lectura del «Ramayana» — sorprenden por el gran dominio del ambiente exótico. Otros, como «La ajorca de oro», prueban una maravillosa asimilación del alma «enorme y delicada» de la Edad Media. Otros, como «Maese Pérez, el

Organista» tienen aún frescas las huellas fantásticas y pavorosas de Hoffman. Y otros, como «El monte de las ánimas», revelan singular primor descriptivo, juntamente con ese arte supremo de la narración: el interés.

El Becquer de los «Cuentos de mi celda» — verdaderas novelas cortas — como el Becquer de las «Rimas» — verdaderas elegías breves — es un espíritu moderno por su agilidad, sencillez y desdén de lo artificioso. En su prosa, como en sus versos, tiene un gesto absolutamente contemporáneo, y en las entrañas narrativas, como en las líricas, guarda la misma sangre viva y genial de sus inmortales antepasados; de Byron, de Espronceda y de Enrique Heine...

Cristóbal de Castro

5 Noviembre 1917.



El Caudillo de las manos rojas

TRADICIÓN INDIA

POR

GUSTAVO A. BECQUER

CANTO PRIMERO

I

Ha desaparecido el sol tras las cimas del Jabwí, y la sombra de esta montaña envuelve con un velo de crespón a la perla de las ciudades de Osira, a la gentil Kattak, que duerme a sus pies, entre los bosques de canela y sicomoros, semejante a una paloma que descansa sobre un nido de flores.

II

El día que muere y la noche que nace luchan un momento, mientras la azulada niebla del crepúsculo tiende sus alas diáfanas sobre los valles, robando el color y las formas a los objetos, que parecen vacilar agitados por el soplo de un espíritu.

III

Los confusos rumores de la ciudad, que se evaporan temblando; los melancólicos suspiros de la noche, que se dilatan de eco en eco repetidos por las aves, los mil ruidos misteriosos que como un himno a la Divinidad levanta la creación al nacer y al morir el astro que la vivifica, se unen al murmullo de Jawkior, cuyas ondas besa la brisa de la tarde, produciendo un canto dulce, vago y perdido como las últimas notas de la improvisación de una bayadera.

IV

La noche vence; el cielo se corona de estrellas, y las torres de Kattak para rivalizar con él se ciñen una diadema de antorchas. ¿Quién es ese caudillo que aparece al pie de sus muros, al mismo tiempo que la luna se levanta entre ligeras nubes más allá de los montes, a cuyos pies corre el Ganges como una inmensa serpiente azul con escamas de plata?

V

El es. ¿Qué otro guerrero de cuantos vuelan como la saeta a los combates y a la muerte, tras el estandarte de *Schiven*, meteoro de la gloria, puede adornar sus cabellos con la roja cola del ave de los dioses indios, colgar a su cuello la tortuga de oro, o suspender su puñal de mango de ágata del amarillo schal de cachemira, sino Pulo-Dheli, rajá de Dakka, rayo de las batallas y hermano de Tippot-Dheli, magnífico rey de Osira, señor de los señores, sombra de Dios e hijo de los astros luminosos?

VI

El es: ningún otro sabe prestar a sus ojos ya el melancólico fulgor del lucero del alba, ya el siniestro brillo de la pupila del tigre, comunicando a sus obscuras facciones el resplandor de una noche serena, o el aspecto terrible de una tempestad, en las aéreas cumbres del Dawalagiri. Es él; pero ¿qué aguarda?

VII

¿Oís las hojas suspirar bajo la leve planta de una virgen? ¿Véis flotar entre las sombras los extremos de su diáfano schal y las orlas de su blanca túnica? ¿Percibís la fragancia que la precede como la mensajera de un genio? Esperad y la contemplaréis al primer rayo de la solitaria viajera de la noche; esperad y conoceréis a Siannah, la prometida del poderoso Tippot-Dheli, la amante de su hermano, la virgen a quien los poetas de su nación comparan a la sonrisa de Bermach, que lució sobre el mundo cuando éste salió de sus manos; sonrisa celeste, primera aurora de los orbes.

VIII

Pulo percibe el rumor de sus pasos; su rostro resplandece como la cumbre que toca el primer rayo del sol y sale a su encuentro. Su corazón, que no ha palpitado en el fuego de la pelea, ni en la presencia del tigre, late violentamente bajo la mano que se llega a él, temiendo se desborde la felicidad que ya no basta a contener. ¡Pulo! ¡Siannah!, exclaman al verse, y caen el uno en los brazos del otro. En tanto el Jawkior, salpicando con sus ondas las alas del céfiro, huye a morir al Ganges, y el Ganges al golfo de Bengala, y el golfo al Oceano. Todo huye: con las aguas, las horas; con las horas, la felicidad; con la felicidad, la vida. Todo huye a fundirse en la cabeza de Schiven, cuyo cerebro es el caos, cuyos ojos son la destrucción, y cuya esencia es la nada.

IX

Ya la estrella del alba anuncia el día; la luna se desvanece como una ilusión que se disipa, y los sueños, hijos de la obscuridad, huyen con ella en grupos fantásticos. Los dos amantes permanecen aún bajo el verde abanico de una palmera, mudo testigo de su amor y sus juramentos, cuando se eleva un sordo ruido a sus espaldas.

Pulo vuelve el rostro y exhala un grito agudo y ligero como el del chacal

y retrocede diez pies de un solo salto, haciendo brillar al mismo tiempo la hoja de su agudo puñal damasquino.

X

¿Qué ha puesto pavor en el alma del valiente caudillo? ¿Acaso esos dos ojos que brillan en la obscuridad son los del manchado tigre, o los de la terrible serpiente? No. Pulo no teme al rey de las selvas ni al de los reptiles: aquellas pupilas que arrojan llamas pertenecen a un hombre, y aquel hombre es su hermano.

Su hermano, a quien arrebataba su único amor; su hermano, por quien estaba desterrado de Osira; el que por último juró su muerte si volvía a Kattak, poniendo la mano sobre el ara de su Dios.

XI

Siannah le ve también, siente helarse la sangre en sus venas y queda inmóvil, como si la mano de la muerte la tuviera asida por el cabello. Los dos rivales se contemplan un instante de pies a cabeza; luchan con las miradas, y exhalando un grito ronco y salvaje, se lanzan el uno sobre el otro como dos leopardos que se disputan una presa... Corramos un velo sobre los crímenes de nuestros antepasados: corramos un velo sobre las escenas de luto y horror de que fueron causa las pasiones de los que ya están en el seno del Grande Espíritu.

XII

El sol nace en Oriente; diríase al verlo que el genio de la luz, vencedor de las sombras, ebrio de orgullo y majestad, se lanza en triunfo sobre su carro de diamantes, dejando en pos de sí, como la estela de un buque, el polvo de oro que levantan sus corceles en el pavimento de los cielos. Las aguas, los bosques, las aves, el espacio, los mundos tienen una sola voz, y esta voz entona el himno del día. ¿Quién no siente saltar su corazón de júbilo a los ecos de este solemne cántico?

XIII

Sólo un mortal; vedle allí. Sus ojos desencajados están fijos con una mirada estúpida en la sangre que tiñe sus manos; en balde saliendo de su inmovilidad y embargado de un frenesí terrible, corre a lavárselas en las orillas del Jawkior: bajo las cristalinas ondas, las manchas desaparecen, más apenas retira sus manos, la sangre humeante y roja vuelve a teñirlas. Y torna a las ondas, y torna a aparecer la mancha, hasta que al cabo exclama con un acento de terrible desesperación: ¡Siannah! ¡Siannah! La maldición del cielo ha caído sobre nuestras cabezas.

—¿Conocéis a ese desgraciado, a cuyos pies hay un cadáver, y cuyas rodillas abraza una mujer? Es Pulo-Dheli, rey de Osira, magnífico señor de señores, sombra de Dios e hijo de los astros luminosos, por la muerte de su hermano y antecesor.

CANTO SEGUNDO

I

¿De qué me sirven el poder y la riqueza si una víbora enroscada en el fondo de mi corazón lo devora, sin que me sea dado arrancarla de su guarida? Señor de señores; ver cruzar ante los ojos, como las visiones de un

sueño, las perlas, el oro, los placeres y la alegría; verlos cruzar al alcance de la mano, y al tenderla para asirlos, ¡encontrar cuanto toca manchado de sangre.... ¡Oh! ¡Esto es espantoso!

II

Así exclamaba Pulo, revolcándose sobre la púrpura de su lecho y torciéndose las manos a impulsos de su terrible desesperación. En balde el humo de los pebeteros embalsaman la opulenta cámara; en balde la seda de brillantes colores se ha extendido sobre diez pieles de tigre para que descansen sus miembros; en balde han invocado los Bracmines por siete veces al espíritu del reposo y al genio de los sueños de nácar... el Remordimiento, sentado a la cabecera del lecho, los ahuyenta con un grito lúgubre y prolongado, grito que resuena incesante en el oído de Pulo, que golpea su frente con dolor al escucharlo.

III

Los genios que cruzan en numerosas caravanas sobre dromedarios de zafiro y entre nubes de ópalo; los schiwas de ojos verdes como las olas del mar, cabello de ébano y cinturas esbeltas como los juncos de los lagos; los cantares de los espíritus invisibles que refrescan con sus alas los cansados párpados de los justos, no pasan como una tromba de luz y de colores en el sueño del criminal.

Gigantes cataratas de sangre negra y espumosa que se estrellan bramando sobre las obscuras peñas de un precipicio terrible, imágenes espantosas y confusas de desolación y terror; estos son los fantasmas que engendra su mente durante las horas del reposo.

IV

Por eso el magnífico señor de Osira no puede gustar la copa del beleño con que los dioses brindan a sus escogidos; por eso apenas la aurora abre las puertas al día, se lanza del lecho, se desnuda de sus vestidos que abrillantan las perlas y el oro, y depositando un beso sobre la frente de su amada, sale del palacio en traje de un simple cazador, dirigiéndose hacia la parte de la ciudad que domina la cumbre del Fabwi.

V

Como a la mediación de esta montaña, nace un torrente que se derrumba en sábanas de plata, hasta bajar a la llanura, donde refrenando su ímpetu, se desliza silencioso entre las guijas y las flores para ir a confundir sus rizadas ondas con las ondas del Jawkior. Una gruta natural formada de enormes peñascos que parecen próximos a desplomarse, sirve de taza a estas olas en su nacimiento. Allí, trasparentes y sombrías sus aguas, parecen dormir sin que las turbe otro rumor que el monótono ruido del manantial que las alimenta, el suspiro de la brisa que viene a humedecer sus alas en la linfa, o el salvaje grito de los condores que se lanzan a las nubes como una flecha disparada.

VI

Pulo, ya fuera de los muros de la ciudad, manda retirarse a los que le siguen, y emprende solo y sumido en hondas meditaciones el camino que, serpenteando entre las rocas y las cortaduras, se dirige a la gruta donde nace el torrente, que ya salpica su rostro con el polvo de sus aguas. ¿Dónde va el señor de Osira? ¿Por qué desnudándose de su recamada túnica, del amarillo schal, emblema misterioso, y del amuleto de los reyes, cambia su vestidura por el tosco traje de un simple cazador? ¿Viene a los montes a buscar a las fieras en su guarida? ¿Viene ansioso de encontrar la soledad, único bálsamo de las penas que el resto de los hombres no comprenden?

VII

No. Cuando el regio morador de Kattak abandona su alcázar para acosar en sus dominios al soberbio león o al rayado tigre, cien bocinas de marfil fatigan el eco de los bosques; cien ágiles esclavos le preceden arrancando las malezas de los senderos, y alfombrando el lugar en que ha de poner sus plantas; ocho elefantes conducen su tienda de lino y oro, y veinte rajás siguen su paso, disputándose el honor de conducir su aljaba de ópalo.

¿Viene a buscar la soledad? Imposible.

La soledad es el imperio de la conciencia.

VIII

El sol toca a la mitad de su viaje, y Pulo a su término. A sus pies salta el torrente; sobre su cabeza está la gruta en que duerme el manantial que lo alimenta, manantial sagrado que brotó de las hendiduras de una roca para templar la sed del dios Vichenú, cuando desterrado de los cielos venía a cazar en las faldas del Jabwi durante la noche. A datar de aquella época remota, un Bracmín vela constantemente en el fondo de la gruta, dirigiendo sus oraciones al dios para que conserve las maravillosas virtudes en que, según una venerable tradición, abundan las sagradas linfas.

IX

El último de estos sacerdotes, que encendidos en amor por la divinidad, han consagrado sus días a veneraria en contemplación de sus obras, es un anciano, cuyo origen envuelve un misterio profundo: nadie sabe la época en que llegó a Kattak para guarecerse en la gruta de Vichenú. Rajás venerables, sobre cuya cabeza han lucido más de curenta mil soles, aseguran que en su juventud, el Bracmín del torrente tenía ya los cabellos blancos y la frente inclinada. El pueblo le mira con temor y respeto cuando por casualidad baja a la llanura. Dicen que las serpientes danzan a su voz, que los condores le traen su alimento, y que el genio de las aguas, a quien debe la inmortalidad, le revela los arcanos futuros. Otros aseguran que el mismo no es otra cosa que el espíritu bajo las formas de un Bracmín.

X

¿Quién es? ¿De dónde vino y qué hace? Se ignora; pero los que se sienten con el valor necesario para llegar hasta la gruta en que habita, suben a ella para pedirle un remedio contra los males desesperados; una revelación para conocer el término de las empresas arriesgadas; una penitencia suficiente a lavar un crimen que ni la sangre borraría. Uno de éstos es Pulo, porque a la gruta del torrente se dirige. Conociendo que las leves expiaciones que los aduladores Bracmines de Kattak le impusieran, no bastaban a desterrar sus remordimientos, sube a consultar al solitario del Jabwi, solo y de incógnito, para que la pompa real no turbe el espíritu y seile los labios del profeta.

XI

Pulo llega a través de las zarzas que rodean como un festón los bordes del torrente, hasta la entrada de la gruta. Allí ve una ancha vasija de cobre, suspendida de las ramas de una palmera, para que el viajero apague su sed. El caudillo toca por tres veces con el mango de su yathagán, y el cobre restalla, produciendo un sonido metálico y misterioso, que se pierde vibrando con el rumor de las olas. Un momento trascurre, y el solitario aparece.—Elegido del Grande Espíritu, exclama al verle el caudillo inclinando la frente; que el enojo de Schiwen no se amontone sobre tu cabeza, como las brumas en las cimas de los montes.—Hijo de mortales, replica el anciano sin responder a su salutación, ¿qué me quieres?

XII

—Consultarte.—Habla.—Yo he cometido un crimen, un crimen horroroso, cuyo recuerdo abruma mi alma como una pesadilla eterna. En vano consulté a los adivinos de Bracma; las penitencias que me impusieron han sido inútiles; el remordimiento vive aún en mi corazón; el fantasma de la víctima me sigue a todas partes; se ha hecho la sombra de mi cuerpo, el rumor de mis pasos. Tú, a quien los dioses se dignan visitar; tú, que lees el porvenir en los astros y en las arenas que arrastran los ríos, dime: ¿cuándo quedará lavada mi alma de este crimen?—Cuando la sangre que mancha tus manos, que en balde me ocultas, haya desaparecido, exclama el terrible Bracmín lanzando una mirada de indignación al príncipe, que permanece aterrado ante aquella prueba de la sabiduría del solitario.

XIII

—¿Me conoces? prorrumpe Pulo al fin, saliendo de su estupor.—No te conozco, pero sé quién eres.—¿Quién soy?—El matador de Tippot-Dheli.

El príncipe inclina la cabeza a estas palabras como herido de un rayo, y el Bracmín prosigue de este modo:—En la pasada noche, cuando el sueño había descendido sobre los párpados de los mortales, yo velaba. Un sordo rumor se elevó por grados del fondo del agua sagrada, rumor confuso como el hervidero de cien legiones de abejas; una manga de aire frío y silencioso vino de la parte de Oriente, rizó las ondas y tocó con la punta de sus húmedas alas mi frente. A su contacto mis nervios saltaron y se heló el tuétano de mis huesos; aquel soplo era el aliento de Vichenú. Poco después sentí su diestra tan pesada como un mundo, descansar sobre mi hombro, en tanto que me contaba al oído tu historia.

XIV

—Ahora bien, pues conoces mi delito, dime la manera de expiarlo y hacer que desaparezcan de mis manos estas terribles manchas.

El Bracmín permanece en silencio, y el príncipe prosigue: ¡Qué! ¿mi sangre toda no podrá borrar esta sangre?—Lo ignoro; es muy corta tu vida para expiar ese delito, y Schiwen está airado, porque has hecho uso de tus facultades para la destrucción, obra que a él solo está encomendada.—Pues bien, si tú lo ignoras, consultemos a Vichenú; él me protegerá contra su hermano. Penetremos en la gruta sagrada.—¿Has ayunado las tres lunas?—Sí.—¿Has huído del lecho nupcial por siete noches?—Sí.—¿Has dejado de cazar durante nueve días?—También.—Entonces, sígueme. Algunos momentos después de este corto diálogo, sus interlocutores se hallaban en el fondo de la misteriosa gruta.

XV

Lo que pasó en aquel recinto se ignora. La tradición guarda una idea confusa, y el príncipe por quien esto se supo, habla vagamente de sierpes monstruosas y aladas que se precipitaron en las ondas del torrente, para aparecer de nuevo en forma de animales desconocidos y fantásticos; de conjuros tan temibles, que a veces se cubría de manchas el sol, y los montes se estremecían como cañas, de lamentos y aullidos tan espantosos, que la sangre se helaba al escucharlos.

XVI

Las palabras del dios se guardan y son éstas:—Asesino marcado por Schiwen con un sello de eterna infamia, sólo existe una penitencia con que puedes expiar tu crimen; sube por las orillas del Ganges, a través de los pueblos feroces que habitan sus riberas, hasta encontrar sus fuentes. El remoto país de

Tibbet, a quien defiende como un gigante muro la cordillera del Himalaya, es el término de tu viaje. Cuando llegues a él, lava tus manos en el más escondido de los manantiales, y a la hora en que el valiente Tippot cayó a tus plantas. Si en el discurso de tu peregrinación no conoces a tu esposa Siannah, que deberá acompañarte, la sangre desaparecerá de tus manos.

XVII

¿Quién es ese peregrino que se apoya en un grosero cayado de abedul, y que en la sola compañía de una mujer hermosa pero humildemente ataviada, sale por una de las puertas del Kattak al mismo tiempo que la luna se desvanece ante los rayos del astro del día? El, él; Pulo-Dheli, magnífico rey de Osira, señor de señores, sombra de Dios e hijo de los astros luminosos.

CANTO TERCERO

I

Los peregrinos tocan al término de su viaje: ya han dejado a sus espaldas las fértiles e inmensas llanuras de Nepoul; ya han visto a Benarés, célebre por sus alcázares, cuyos cimientos besa el sagrado río que divide al Indostán del imperio de los Birmanes. Como las creaciones de una visión celeste, han cruzado ante sus ojos Palná, famosa por sus templos, sus mujeres y sus tapicerías; Dakka, la ciudad que tejió un velo para el santuario de los dioses con las trenzas de ébano de sus vírgenes; Goalior, escudo del reino de Sindiak, cuyos muros detienen a las nubes en su vuelo.

II

También han gustado el reposo a la sombra de los inmensos plátanos de Dheli, concha que guarda a la perla de los reyes, presentando una ofrenda de miel y flores al genio protector de Allad-Abad, ciudad que debe su nombre a las caravanas de peregrinos que de todos los puntos de la India acuden a sus templos, más numerosos que las hojas de los bosques y las arenas del Oceano.

III

Cuarenta lunas han nacido después que abandonaron su alcázar; pero ¿quién podrá enumerar los países que han cruzado, los bosques que les han prestado su sombra, los ríos que han apagado su sed? El Kian-gar, conocido por el de las aguas rojas; el Espuri, cuya mansa corriente arrastra oro bastante a construir con él un alcázar soberbio; los Senwads, bosques sombríos, donde el boa se desliza con el rumor de la lluvia; Lahorre, la madre de los guerreros, Cachemira, la virgen de los siete schales de amianto, y cien y cien otros países, ciudades, bosques, torrentes, ríos y montañas, que hasta llegar a las cordilleras del Himalaya, se extienden sobre las inmensas llanuras de la India.

IV

Pero ya tocan al deseado término, ya han salido de la más terrible de las pruebas, atravesando a par del Ganges, el valle del Acíbar, llamado así, no tanto por los árboles que produce, de los que se extrae este licor como por las amarguras que padecen los infelices que se ven en la necesidad de atravesarlo. Y Pulo atravesó las rocas que lo erizan, llevando a Siannah sobre sus espaldas.

V

El sol lanza sus rayos perpendiculares sobre la tierra; los viajeros, fatigados de su trabajosa jornada, reposan a la orilla del río, a cuya fuente se aproximan. Un boabad corpulento y magnífico les presta su sombra, capaz de cubrir a una tribu de guerreros; entre las brumas del lejano horizonte se lanza al vacío el Himalaya, y empinado sobre sus cumbres el Dawalagiri, que pasea sus miradas sobre medio mundo.

VI

Un aura fresca mece las magnolias y los tulipanes que crecen entre los juncos de la ribera, y enjuga el sudor de sus frentes. El bulbul sobre las ramas de un penachucho talipot entona un canto melancólico y suavísimo, y entre las ráfagas de luz que reverberan las arenas, cruzan diáfanos como el ámbar miriadas de pájaros y de insectos con ropajes de oro y azul, de crespón y esmeraldas.

VII

Todo convida al descanso. Pulo y Siannah, después de refrescar sus labios con algunas de las deliciosas frutas del bosque, apagan su sed en las cristalinas ondas que corren, produciendo al besar las orillas un ruido manso y melancólico, semejante al arrullo de una tórtola. Al agradable son de las aguas y de las hojas que se agitan como abanicos de esmeralmas sobre sus cabezas, recuerdan en dulces coloquios, y con esa especie de satisfacción con que se menciona el peligro pasado, las mil aventuras de que han sido héroes durante su peregrinación, los países que han recorrido, las maravillas que como un panorama magnífico se han desplegado a sus ojos. Forman proyectos sobre el porvenir y sobre la felicidad que les espera, cuando hayan cumplido la expiación próxima a satisfacerse; sus palabras se atropellan llenas de un fuego y de un color vivísimo; después va poco a poco languideciendo su diálogo: diríase que hablan una cosa y piensan otra; por último, algunas frases vagas e incoherentes preceden al silencio, que con un dedo sobre el labio se sienta a la par de los amantes sin ser sentido.

VIII

El sol cae a plomo sobre la gran llanura. La frente del príncipe descansa sobre las rodillas de su esposa. Todo a su alrededor calla o duerme. En los países tropicales, el mediodía es la noche de la naturaleza. Sólo interrumpen esta calma profunda el grito breve y agudo del bengalí, el zumbido monótono y tenaz de los insectos que voltean en el aire, brillando a la luz del sol como un torbellino de piedras preciosas, y la acelerada respiración de Siannah, respiración sonora y encendida como la del que sueña embriagado con ópio. Los peregrinos permanecen en silencio. ¿Qué ideas cruzan por su mente?

IX

Hay momentos en que el alma se desborda como un vaso de mirra que ya no basta a contener el perfume; instantes en que flotan los objetos que hieren nuestros ojos, y con ellos flota la imaginación. El espíritu se desata de la materia y huye, huye a través del vacío a sumergirse en las ondas de luz entre las que vacilan los lejanos horizontes.

La mente no se halla en la tierra ni en el cielo; recorre un espacio sin límites ni fondo, oceano de voluptuosidad indefinible, en el que empapa sus alas para remontarse a las regiones en donde habita el amor.

Las ideas vagan confusas, como esas concepciones sin formas ni color que

se ciernen en el cerebro del poeta; como esas sombras, hijas del delirio, que nos llaman al pasar y huyen, nos brindan amor y se desvanecen entre nuestros brazos.

X

Pulo es el primero que interrumpe el silencio.

—¡Cuán dulce es, dice, percibir el aliento de la mujer que se ama, ese aliento que se escapa de unos labios encendidos, atropellándose en ellos como olas de ambrosía que vienen a expirar sobre una playa de rubíes!

¡Si me fuera posible, oh hermosa Siannah, explicarte lo que el murmullo de tu respiración me dice! Suena en mi oído como una voz insólita que murmura palabras desconocidas en un idioma extraño y celeste; me recuerda los días de mi infancia, aquellas horas sin nombre que precedían a mis sueños de niño, aquellas horas en que los genios, volando alrededor de mi cuna, me narraban consejas maravillosas, que embelesando mi espíritu, formaban la base de mis delirios de oro. ¿No es cierto, no es cierto hermosa mía, que hasta el aroma que precede al objeto de nuestro amor, el ténue y débil crujido de su túnica tienen palabras, dicen algo que los demás no comprenden?

XI

Siannah calla: sus labios entreabiertos y rojos dejan escapar suspiros ardientes, y en su pupila húmeda, azul y dilatada, brilla un punto luminoso semejante al reflejo de una estrella en un lago. Pulo, exclama al fin como volviendo de un éxtasis que le hubiese alejado por algunos instantes de la tierra, ¿es cierto que existe un árbol cuya sombra causa la muerte?—Es cierto, responde el príncipe; el dios Schiwen lo creó para destruir a los mortales, y su hermano Vichenú, apiadándose de nuestra infelicidad, se lo dió a conocer a Bracma, su elegido. Siannah vuelve a su muda agitación; su esposo, en tanto, la contempla con un sentimiento de ternura indescriptible.

XII

—Pulo, exclama a los pocos instantes la hermosa, ¿es verdad que existe un árbol cuya sombra agita la sangre en las venas y enciende el amor?—Sí.—¿Lo conoces?—Lo conozco, aun cuando ignoro su nombre. Mas... ¿por qué me haces esta pregunta tan extraña?—No sé... la sombra de este bosque me hace daño... prosigamos nuestra jornada.—¡Proseguir cuando el sol abrasa las arenas! Esperemos a que la brisa de la tarde se levante del golfo y la luz comience a palidecer.—Esperemos, murmura Siannah; pero, entre tanto, aparta tus ojos de los míos, vuélvelos al cielo o duerme; mas no me los claves en el alma.

XIII

—Bien dices; mis ojos en los tuyos beben amor, y nuestro amor, casto y puro otras veces, ahora es un crimen; sí, es necesario que no te vea... Siannah, voy a dormir; cántame algún himno de nuestra patria; arrulla mi sueño como una madre, ya que no como una esposa.

La beldad de las trenzas de ébano canta:

I

«¡Guerreros! Las espadas de la tribu tienen sed, y la sed de las espadas se templa con sangre.»

«Un torrente de fuego desciende del Jawi; esas centellas que brillan entre la nube de polvo que levantan, son los hierros de nuestros enemigos.»

«Traedme el escudo reforzado con las siete pieles de búfalo, y rodead a mi casco el schal amarillo, para que no me desconozcan en la confusión de la pelea.»

«¡Guerreros! Las espadas de la tribu tienen sed, y la sed de las espadas se templa con sangre.»

II

«Allá van semejantes en...»

Al llegar aquí, Pulo se incorpora, y Siannah se detiene en su canto.—¿Por qué, exclama el príncipe, no escucho ahora las canciones de mi patria con el placer de otras veces? ¿Será que ya no alienta en mi pecho el corazón de un Dneli, o acaso que los himnos de guerra no se han hecho para que los recite una hermosa?

XIV

Entona un canto de amor, uno de aquellos himnos que al son de los cimbalos alzan las vírgenes cuando conducen a una joven esposa al pie de las aras.—Pulo...—Canta, no temas; yo dormiré tranquilo, arrullado por el eco de tu voz, el suspiro de la brisa y la música de las aguas.

Siannah canta; su voz tiembla, su pecho se eleva acompasadamente como una ola que se hincha coronada de espuma:

LA VUELTA DEL COMBATE

I

«El combate ha terminado con el día, y el caudillo está ya en presencia de su adorada.»

LA VIRGEN

«Caudillo, reclina tu frente sobre mi seno, que quiero beber en ella el sudor y el polvo de la gloria.»

EL CAUDILLO

«Virgen, apoya tus labios sobre los míos, que quiero beber en ellos la muerte en una copa de rubí.»

II

LA VIRGEN

«¡Alma de la creación!, ¡hijo de Bermach!, ¡genio de las setenta alas!, ¡amor, divino amor!, desciende en brazos del misterio y de la noche a coronar con tu aureola a los que arden en tu llama.»

EL CAUDILLO

«¡Espíritu invisible!, ¡aliento del alma generosa!, ¡esperanza del guerrero!, ¡amor, ardiente amor!, abandona un instante el alcázar de los dioses, para poner una guirnalda de rosas sobre la corona de laurel del caudillo.»

III

LA VIRGEN

«Tu aliento humea y abrasa como el aliento de un volcán; tu mano, que busca la mía, tiembla como la hoja en el árbol; la sangre se agolpa a mi corazón, rebosa en él y enciende mis mejillas, un velo de sombras cae sobre mis párpados; todo se borra y se confunde ante mis ojos, que no ven más que el fuego que arde en los tuyos. Caudillo, ¿qué espíritu invisible llena el aire de melodiosos acordes y me estremece a su contacto?

EL CAUDILLO

«Virgen, es el amor que pasa.»

XV

El canto de Siannah espira, y con él, suave y armonioso, el rumor de un beso.

¿Qué son los vanos castillos que eleva la voluntad del hombre para combatir las funestas armas de que se vale la fatalidad? Montes de arena que, como los de la gran llanura de Nepoul, asombran al viajero, y un soplo del huracán los arrebata.

CANTO CUARTO

I

Hijo mío, dice Schiwen al Sueño, baja a la tierra y sé el mensajero de mis iras.

El Sueño, hijo de la tumba, levanta a esta voz la frente, entreabre los soñolientos ojos y agita sus noventa manos, en cada una de las cuales tiene una copa llena hasta los bordes de un licor soporífero. ¿Qué me quieres, realidad de mi símbolo, padre que me distes el sér para que sirviera de eslabón invisible entre lo finito y lo infinito, entre el mundo de los hombres y el de las almas, sirviendo para bajar las potencias del cielo y elevar las de la tierra hasta que se toquen en el vacío, que es el lugar de mi soberanía?

II

Schiwen continúa de este modo, dirigiéndose a su imagen:—Hace algunos momentos pensaba en llevar a cabo la destrucción del príncipe que usurpó un día el cetro de la muerte; mas en vano buscaba la ocasion de herirle, en vano, porque Vichenú, mi orgulloso antagonista, le defendía bajo el inmenso escudo con que oculta los hombres a mis ojos, cuando éstos se encienden en cólera y arrojan rayos que hieren y matan. De repente oí un zumbido a mi alrededor; torné el rostro; un mundo nuevo, un joven planeta se adelantaba hacia mí, trazando su círculo en el vacío, fascinado e inocente como el ave atraída por el boa.

III

De su seno brotaba un raudal de armonías, que llenaban el vacío, dilatándose en él como los círculos en un lago donde se arroja una piedra. Envuelto en un flúido ardiente y luminoso, rodando entre mares de colores y sonidos, su alegría y su gloria parecían insultar mi terrible poder. Levanté la mano; el aire de ésta, desquiciándolo de sus órbitas, lo ha herido de muerte. Incorpórate y tiende los ojos sobre las inmensas llanuras del cielo, verás a Vichenú que corre en pos de él para arrancarle a la inmensa tumba de los astros, volviéndole a la vida.

IV

He aquí el momento oportuno para mi venganza. El príncipe faltó a su promesa, y ahora está abandonado por mi funesto enemigo. Refresca su ardorosa frente con tus alas, y aguarda la ocasión propicia para derramar sobre sus párpados un sueño precursor del sepulcro, un sueño de agonía y ansiedad, de esos que ciñen la garganta con sus manos de acero, y pesan sobre el corazón como una montaña de plomo.

V

El Sueño tiende las alas de tul, y abandona la selva donde vive, en un alcázar de ébano escondido entre la flotante sombra de los aloes.

El silencio le precede, y sus hechuras le siguen en grupos fantásticos; éstos se agitan y confunden entre sí, dando ser a nuevas y rápidas metamórfosis, locos delirios, embriones de confusas ideas, semejantes a las que produce en mitad de la fiebre una imaginación débil y sobreexcitada.

VI

La silenciosa caravana llega a las orillas del Ganges y al lugar en que el príncipe descansa; éste experimenta primero una languidez voluptuosa, después un entorpecimiento general, y por último, sus párpados caen con el peso del plomo sobre sus pupilas, como una losa fúnebre sobre un sepulcro. El Sueño ha vertido sobre ellos una gota del licor que contiene su misterioso vaso de ópalo.

VII

Cuando la materia duerme, el espíritu vela. En tanto que el cuerpo del caudillo permanece inmóvil y sumergido en un letargo profundo, su alma se reviste de una forma imaginaria, y huye de los lazos que la aprisionan para lanzarse al éter: allí le esperan las creaciones del sueño, que le fingen un mundo poblado de seres animados con la vida de la idea; visión magnífica, profética y real en su fondo, vana sólo en la forma. Oid, según la tradición la conserva, la visión del caudillo.

VIII

La noche es obscura; el viento muje y silba sacudiendo las gigantes ramas del boa-bad de las selvas: los genios blanden sus cárdenas espadas de fuego sobre las nubes, en que se les ve pasar cabalgando; el trueno retumba dilatándose de eco en eco en los abismos de las cordilleras; la lluvia azota el penacho de las palmas, y confundiéndose con los sordos mugidos de la tormenta, el prolongado lamento del vendaval y el temeroso murmullo de las hojas del bosque, se escucha por intervalos un rugido lejano, ronco y estridente, que parece formarse en la cavidad de un pecho de bronce.

IX

Un Bracmín, al atravesar en tal noche y a tal hora aquella selva, no hubiera podido menos de dirigir sus plegarias al dios destructor cuyo triunfo parecía acercarse, equivocando aquellos quejidos de la naturaleza con las profecías de los blancos fantasmas de sus antepasados, que rompían el secreto del sepulcro para enseñarle el camino de la muerte.

X

De cuantos guerreros se rodean el schal amarillo a la cintura en las fiestas y a la frente en el combate, sólo el caudillo de Osira tendría el valor necesario para arriesgarse en sus agrestes y enmarañados senderos con una noche tan terrible.

XI

Pulo se adelanta con el arco tendido, la flecha pronta y el puñal entre los dientes. Siannah le sigue, pálida la color, el cabello erizado y el paso temeroso.—¿Oyes, dice al príncipe; oyes esa voz que resuena en la espesura?—Es el viento que azota los palmares, responde el caudillo, lanzando, a pesar suyo,

una mirada escudriñadora a través de los añosísimos troncos de aloes que bordan las lindes del sendero.

XII

Los esposos prosiguen caminando, y la tempestad haciéndose cada vez más terrible.—¿Oyes ese rumor que se eleva por grados a nuestra espalda? interrumpe de nuevo la hermosa.—Es la lluvia que agita las lianas, añade el príncipe armando la flecha y cubriendo a Siannah con su cuerpo.—¿Oyes? vuelve ésta a interrumpir; alguien respira alrededor nuestro.—Echate en tierra, grita Pulo de repente; el tigre va a saltar sobre nosotros.

XIII

Dos llamas fosfóricas brillan en la obscuridad.

La flecha del príncipe parte.

A su áspero silbar responde un rugido ahogado y profundo; el tigre salta; Pulo arroja el arco, se cubre con el escudo de pieles, dobla una rodilla, esconde el rostro, y lo espera con el puñal en la diestra. Siannah está desmayada y oculta con el manto del guerrero, a cuyos pies yace.

XIV

La lucha se traba.

Pulo hunde una y cien veces su puñal en el pecho y en el vientre del tigre, que en su agonía pugna aún por lanzarse sobre su adversario. Este, cubierto con el escudo, ha podido evitar su ataque, merced a esa ligereza y sangre fría, patrimonio de los hombres avezados a los peligros y a la muerte. Pero ya la temible fiera ha lanzado el último y ronco estertor, revolcándose entre el polvo y la sangre que brota de sus heridas, cuando el príncipe levanta los ojos al cielo sorprendido por un extraño fenómeno.

XV

La lluvia ha cesado, el huracán y el trueno han enmudecido: al brillante y súbito resplandor de los relámpagos sucede una claridad ténue y azulada, una luz indecisa semejante al primer albor de un día sin sol y sin aurora. Las aves que se habían guarecido de la tempestad bajo los pabellones de verdura de la selva, llenas de gozo a su vista quieren alzar el vuelo y entonar su canto; pero la voz se ahoga en su garganta, y caen a tierra heridas de muerte por una mano invisible. Los gigantescos árboles se agitan, y retorciéndose como a impulsos de una horrorosa convulsión, comienzan a alfombrar el suelo con las pálidas hojas que se desprenden de sus ramas, como se desprenden los cabellos de la cabeza de un anciano. Las verdes lianas que se mecieran al soplo del viento suspendidas en el tronco de los antiguos reyes del bosque, pierden el color y la frescura, arrugándose sus tersas flores como un pergamino que se acerca al fuego. Diríase al contemplar este asombroso espectáculo, que un tósico mortal, circulando en el aire, o levantándose en imperceptibles efluvios de las entrañas de la tierra, había envenenado la atmósfera y con ella el mundo.

XVI

El caudillo, lleno de estupor, vuelve en torno suyo la mirada; por todas partes le persiguen aquellas imágenes desoladoras; pero lo que más asombro le causa es ver el sangriento cadáver del tigre estremecerse, y poco a poco, perdiendo sus primitivas formas, ir tomando, merced a una inconcebible transformación, las de una serpiente.

—Ya no me queda ningún género de duda, exclama; Schiwen desea mi muerte; reconozco en ese reptil al ministro de su cólera. ¡Oh! ¡Que no fuera yo un dios para luchar con los dioses!... Mas no importa; mortal miserable como soy, venderé cara mi vida.

XVII

El temible reptil crece con una rapidez prodigiosa: su longitud es ya treinta veces mayor que la del boa secular que se despierta de dos en dos lunas sobre las márgenes del Sitpuri. Sus ojos redondos, fijos y fascinadores, están clavados en los del caudillo: éste, presa de un vértigo, y con ese arrojo sin límites que presta la desesperación en sus momentos supremos, arroja lejos de sí el tresdoblado escudo, inútil para aquel combate, y desnuda por segunda vez su puñal.

XVIII

La gigantesca serpiente comienza a replegarse sobre sí misma, lanzando un silbo áspero y agudo; el príncipe, sin aguardar a que le acometa, se arroja a su cuello, tan grueso como el de una palma colosal, y hace esfuerzos inauditos por herirlo. ¡Imposible! Las aceradas escamas que la cubren y defienden son impenetrables como la concha de las tortugas del Jawkior.

Ya el reptil, aprisionándole entre sus anillos de bronce, lo estrecha y comienza a ahogarle; ya el puñal se ha escapado de sus manos desfallecidas, y el velo de la muerte se extiende ante sus ojos, cuando una flecha disparada de las nubes baja silbando y traspasa los de la serpiente.

XIX

Un furor terrible se apodera de ésta, que, desasiéndose del ya casi inanimado cuerpo de Pulo, busca a ciegas a su celeste enemigo.

La punta de diamante de una segunda flecha pone fin a su agonía con la muerte.

El caudillo, recobrado de su estupor, puede entonces contemplar, no sin sentirse sobrecogido de una emoción profunda de gratitud y respeto, al que es deudor de la vida.

Vichenú, cubiertas las espaidas con un manto de pieles, el arco tendido aún y el carcaj de las flechas de diamante sobre el hombro, está a su lado de pie; la frente del dios toca a las nubes, y su sombra es inmensa como la que arroja el Himalaya sobre las llanuras al ocultarse el sol en los confines del Océano.

XX

Caudillo, exclama el antagonista de Schiwen con acento airado, ¿para qué subiste a la sagrada gruta del Jabwi? ¿Para qué interrogaste a las limpias aguas de su manantial, si las revelaciones celestes han sido inútiles, si al cabo habías de romper tu juramento, como se rompe la flecha sobre la rodilla, en prenda de paz entre dos enemigos?

Pulo enmudece; el rubor de su falta colora sus bronceadas mejillas y ahoga su voz. Vichenú continúa de este modo:

—Inmensa como la imprevisión de los hombres es la bondad del cielo: he aquí por qué me he apiadado de tus culpas. Inútil es ya que busques las fuentes del Ganges; cada grano de arena que cae en la medida de la culpa, debe añadirse a la del castigo; el que te impuso el solitario del Jabwi es ya insuficiente para lavar tu alma.

XXI

—Si un solo momento de olvido desvaneció como el humo cuanto había logrado merecer con mi arrepentimiento, ¿qué haré para lavar mi culpa?—exclama el príncipe.

—Levántate—prosigue el dios—, toma tu arco, descálzate las sandalias, y abandonando las orillas del Ganges, vuelve sobre tus pasos hasta llegar a Cutac. Entre las arenas de sus costas duerme en el seno del olvido un templo que en mi honor levantara un día tu glorioso antecesor, cuando protegido

por mi escudo llevó hasta allí sus huestes invencibles. Sobre los peñascos en que se estrellan las encrespadas olas, tiene su nido un cuervo; sube a preguntarle el lugar en que el templo se oculta: éste lo conocerás por los fuegos que durante la noche voltean sobre sus ruinas, y aquél por su cabeza blanca.

XXII

Vichenú desaparece: los árboles recobran su lozanía, la liana su verdura, los pájaros su voz, y a la indecisa y cárdena luz del cielo sucede el tranquilo y suave esplendor de una noche estrellada y llena de armonía, perfumes, suspiros y cantares.

El príncipe se incorpora y corre al lugar en que Siannah permanece desmayada y oculta bajo los pliegues del manto de su esposo. Levanta éste, y de sus labios se escapa un grito de sorpresa y ansiedad.

Siannah no está allí, Siannah ha desaparecido.

XXIII

En aquel punto el Sueño tiende las alas y abandona al príncipe; éste, convulso y pálido aún, despierta de su pesadilla, busca a su esposa, en cuyo seno se había dormido, y no la encuentra.

El sol, recostado en un lecho de púrpura y de oro como un radjá en su alfombra de colores, lanza a la tierra el último rayo de sus entreabiertos ojos. La naturaleza comienza a despertarse de su sueño del mediodía. Las brisas de la tarde, impregnadas en murmullos y perfumes, juguetean con el cáliz de las flores que se abren a sus besos. Las aguas del Ganges, copiando en sus líneas transparentes la vigorosa vegetación de sus riberas, alzan un himno melancólico, al que se unen las aladas y suaves notas de los pájaros que despiden al día con un dulcísimo y triste adiós.

XXIV

—Siannah, dice el caudillo con voz ahogada por el llanto; Siannah, esposa mía, ¿dónde estás que no me oyes? Siannah, inseparable compañera de mi dolor y mi infortunio, ¿quién te arrancó de mi lado para robarme la única felicidad que me restaba en la tierra? ¡Oh! vuelve, vuelve; hermosa mía: sin tí, mi vida será una noche sin aurora, un llanto sin lágrimas.

XXV

Sólo el eco responde al enamorado Pulo, que presa de un loco frenesí, corre de nuevo a las orillas del Ganges; busca en la arena la huella de su esposa y vuelve a llamarla por su nombre cien y cien veces: todo es inútil. La noche borra del cielo los colores; y las nubes, las estrellas, mudos testigos de los pesares y la felicidad de los amantes, aparecen unas tras otras rodeadas de un ligero cendal de bruma, y Siannah no parece.

XXVI

—Insensato, dice una voz que resuena en el viento, sin que se vea la boca de donde parte; ¿qué vas a hacer?

El caudillo, que ha desnudado el puñal para asestarlo contra su pecho, se detiene sobrecogido, y escucha estas palabras:

—Si mueres, nunca la tornarás a ver; si conservas tu vida y cumples cuanto te he dicho, la mancha de sangre de tus manos desaparecerá para siempre, y encontrarás de nuevo a tu esposa.

Los sueños son el espíritu de la realidad, con las formas de la mentira; los dioses descienden en él hasta los mortales, y sus visiones son páginas del porvenir, o recuerdos del pasado.

La voz que detiene al príncipe es la de Vichenú que se le había aparecido en sueños.

CANTO QUINTO

I

El príncipe, después de un año de peregrinación, llega al fin al término señalado por el genio. Este, durante las jornadas, fijos los ojos sobre su protegido, ha velado día y noche por su vida hasta dejarle en Cutac.

II

La aurora rasga el velo de la noche; de sus trenzas de oro se desprende el rocío en una lluvia de perlas sobre las colinas y las llanuras; los horizontes del mar se encienden, y las crestas de sus olas brillan como las escamas de la armadura de un guerrero en un día de combate, de las flores, húmedas aún con las lágrimas del crepúsculo, se eleva al cielo una columna de aromas en emanaciones; perfumadas emanaciones que los genios cruzando sobre las nubes celestes y ambarinas, recogen con las matinales plegarias de los Bracmines, para depositarlas a los pies de Bermach, autor de la maravillosa máquina de los mundos.

III

Pulo se ha sentado sobre una de las rocas que erizan en aquella parte del reino de Cutac las extensas playas del Oceano. Su pensamiento está dividido entre su esposa y su conciencia.

—Ya se aproxima, dice, la hora del perdón; unos esfuerzos más, y me hallo en presencia del ave misteriosa que Vichenú ha escogido para intérprete de sus designios. Dios, que conservas cuanto existe, apartando las tempestades y la muerte de la cabeza de los hombres, no interpongas tu poder entre mi corazón y la flecha de los guerreros, entre mi vida y las garras del tigre o los anillos del boa gigante; pero defiéndeme contra mí mismo, arráncame el amor y la conciencia, cuyos golpes matan sin que se vea la mano que los dirige.

IV

El sol se va levantando pausadamente del seno del mar y remontándose por la cumbre del firmamento. El caudillo, después de lavarse por siete veces las manos y los sangrientos pies, recitando algunas oraciones misteriosas, emprende una difícil ascensión para llegar a la cima de las colosales rocas, cuya frente han ennegrecido los rayos y las tempestades, cuyas plantas besan o azotan las hirvientes olas del Oceano.

V

Después de trepar por espacio de una hora, asiéndose a los arbustos y malezas que crecen en las aberturas de las peñas, el príncipe consigue al fin encontrarse en la cumbre del promontorio.

En una de las rocas de granito que coronan su cúspide hay una hendidura, y en el fondo de ésta le parece distinguir las formas confusas de un ave, que fija en los suyos dos ojos que brillan en la obscuridad con una luz fantástica.

VI

—Ave de los dioses, prorrumpe Pulo cayendo de rodillas ante el aéreo nido del cuervo de la cabeza blanca, ave misteriosa, bajo cuyo negro plumaje vivió por el espacio de tres siglos el poderoso Vichenú, logrando con este ardid evitar la muerte que el dios de la destrucción le aprestaba; héme aquí esperando tus palabras, como los tulipanes agostados por el fuego del día esperan las gotas de rocío de la noche.

VII

El cuervo, abandonando su guarida, se abate sobre una de las enhiestas rocas, y después de agitar sus alas por tres veces, dice así al caudillo, que lo escucha en silencio y con la frente humillada en el polvo:

—Señor de Osira, poderoso descendiente de los Dheli, conquistadores de la India y protegidos de Vichenú, sé lo que vienes a preguntarme: así, es inútil que me lo refieras. El templo que buscas se halla lejos de este lugar; sigue mis pasos, y te mostraré el sitio en que se empezarán las excavaciones.

VIII

El cuervo de la cabeza blanca se remonta en los aires, dejándose caer al pie del promontorio, donde espera que baje el caudillo. Cuando éste toca al término de su descensión, el ave misteriosa emprende la marcha caminando a saltos pequeños y sin abandonar la costa en que viene a romperse el oleaje de crestas de oro.

Prosigue durante todo el día sin abandonar la ribera blanqueada por la espuma, y cuando ya el sol desciende al seno de las ondas rodeado de espesos y rojos celajes, el alado guía se aparta de las playas, internándose tierra adentro, a través de un pantano cenagoso y cubierto de juncos verdes y altísimos.

IX

Las nubes, amontonándose en el Occidente, envuelven el cadáver del sol en un sudario de brumas, antes que descienda a su sepulcro.

La noche se adelanta, una noche sin astros y sin trasparencia: la brisa murmura la oración de los muertos, sollozando melancólica entre los espesos juncos; el perfume de las flores que se abren en la sombra, vaga en el espacio; el grito del chacal y el silbo de las aves nocturnas resuenan confundiéndose con esos rumores siniestros y misteriosos, que nacen, tiemblan y se dilatan en el seno de la obscuridad, sin que podamos decir quién los produce.

—Ave inmortal, exclamó Pulo deteniéndose en su camino, he aquí que la noche se ha apoderado de la tierra, y que en balde procuro seguirte, pues la sombra te ha robado a mi vista.

El grito del chacal se oye cada vez más próximo; tú sabes que no le temo, mas estoy sin armas y, por lo tanto, inhábil para defenderme de sus traidores ataques.

Volvamos atrás y esperemos al día para proseguir nuestra jornada. Temerario valor juzgo el de aquel que arriesga su vida contra enemigos que no puede exterminar o vencer; si al menos la luna brillara en el cielo, su luz me guiaría a través de este pantano, donde a cada paso que doy temo encontrar la muerte, sepultándome en sus aguas cenagosas e inmóviles.

X

—No temas, responde el cuervo; el dios que nos envía cuidará de nosotros desde su elevación. He aquí la manera de salir con bien de este peligro: las llanuras que vamos a atravesar presenciaron la derrota de tu padre. Schiwen, celoso del culto que éste rendía en el templo a que nos dirigimos al genio que te protege, reunió en su daño a los guerreros de Cutac y de Lahorre, que ardiendo en sed de venganza contra su vencedor, se juntaron entre las sombras de la noche para afilar las espadas que habían de herir a los predilectos de Vichenú.

XI

Un día tu padre abandonó el templo para dirigirse a las selvas que se extienden al pie de la colina, en cuya cumbre está oculto; de pronto una nube de polvo blanca e inmensa, que elevándose de la parte de Oriente obscurecía la luz del sol, atrajo su curiosidad.

—¿Que nueva y numerosa caravana de peregrinos será la que se aproxima al templo de mi dios?, dice, volviéndose a uno de los pérfidos radjás portadores de su escudo y su aljaba.

XII

Este, lanzando a sus compañeros una mirada de inteligencia, respondió al victorioso rey con la sonrisa en los labios:

—¿Quién sabe cuál será el remoto país que envía este enjambre de peregrinos? La fama del asombroso templo de Cutac corre de boca en boca hasta los más remotos confines del mundo,

Tu padre, después de fijar nuevamente las miradas en aquella nube de polvo que se aproxima, y de la cual brotan centellas de fuego, exclama con voz terrible:

XIII

—¿Qué es esto? Los toscos yaids de los peregrinos llamean al rayo del sol como las armaduras de los guerreros de Lahorre. ¿Oís? En las alas del viento llega confuso el eco de la terrible y bárbara armonía de sus trompas de guerra. ¡Oh! Ya no me queda duda; el enemigo que hollé a mis pies se endereza como la víbora para morderme en ello. No importa; veremos si los caudillos de Lahorre han aprendido de nuevo a vencer, tras tantos años de acostumbrarse a huir.

XIV

—Valientes, prosigue dirigiéndose a los que le acompañan, dadme el arco y el escudo, desnudad vuestros aceros, y que las roncas bocinas de plata convoquen a mis huestes con sus bramidos.

Eldi-Salck, uno de sus traidores capitanes, por toda respuesta, le hunde en el pecho su misma espada de que era portador, y blandiéndola después en los aires en ademán de triunfo, prorrumpe a voces:

—¡Animo, compañeros de esclavitud! ¡Animo, domeñados ejércitos de Cutac y Lahorres, desvanecidos un día al soplo del tirano como al del huracán el humo! ¡Animo: nuestro país es libre!

XV

En tanto, el infelice rey, revolcándose en su sangre, intenta en vano llamar en su socorro; la voz se ahoga en su garganta; hace una postrer tentativa para incorporarse, y cae a tierra muerto y con los puños crispados y tendidos hacia las bárbaras huestes, que se adelantan al bélico y rudo compás de sus instrumentos de bronce.

XVI

Los sacerdotes de Vichenú se aperciben de la sorpresa, y subiendo a las altas torres de la Pagoda, llenan el ámbito de los aires con los terribles bramidos del caracol sagrado, al que responden en la llanura las bocinas de marfil de los guerreros de tu padre.

XVII

¿Dónde está nuestro caudillo, que no corre como el león al combate? ¿Por qué no vuela en primera fila su manto de púrpura y el schal amarillo que ciñe su frente? ¡Mi dueño!, exclaman los valientes conquistadores de Cutac, y ninguno sabe decir dónde se encuentra el señor de Osira, que no responde al rumor de la batalla con el grito de guerra.

XVIII

Los enemigos se adelantan, la llanura gime bajo el peso de sus carros y ele-

fantes de guerra, y el eco de los lejanos montes repite sus salvajes alaridos. Suena la señal del combate y de la muerte. Los defensores de Vichenú espiran uno a uno al rigor del acero, el templo del dios es presa de las llamas, y con él la naciente ciudad que en sus inmediaciones levantó el rey de Osira en honor del benéfico genio de Alab-abad.

XIX

Cuando llegó la noche, la espirante llama del incendio, arrojando sus temblorosos círculos de luz y de sombra sobre la llanura, chispeaba en el casco de los valientes que habían sucumbido a los golpes de Schiwen, y que yacían entre el polvo, cubiertos de sangre y de gloria.

Un hondo silencio reinaba en el que fué teatro de la sangrienta lucha, silencio que sólo interrumpía el imponente estruendo de los muros, al desplomarse, abrasados por las silbadoras llamas, o el ronco grito del chacal, que, ofuscado por el ardiente resplandor del fuego, rugía en su cueva, temeroso de lanzarse sobre los cadáveres insepultos.

Los vencedores abandonaron con el día la llanura, donde desde esa época nadie osa poner la planta, temiendo el enojo de Schiwen, que quiso tener en aquellos hogares un templo de ruinas, habitado por la soledad y el espanto.

XX

Pulo escucha, sobrecogido de un religioso pavor, la historia del sangriento combate en que su padre perdió la vida; historia que en su país cantan las bayaderas al son de los címbalos, pero cuya terrible sencillez nunca había arrancado una lágrima tan ardiente a sus ojos, cual la que entonces rodó abrasadora sobre su mejilla.

XXI

El cuervo prosigue así: ¿Ves allá entre los espesos cañaverales, encenderse una llama ligera y cárdena, que vacila y corre sobre el haz de las fétidas aguas del pantano? Más lejos, al pie de la colina, donde a la sombra de un bosque sombrío se levanta un grosero sepulcro formado por piedras toscas e irregulares, ¿ves cómo se desarrolla el brillante flúido, y vuela sobre la tumba, y se detiene junto a los troncos de los árboles, y se multiplica subdividiéndose en mil otras llamas fantásticas, ligeras y de un azulado resplandor?

XXII

Esos son los espíritus de los valientes que en defensa del genio que te protege, sucumbieron al golpe de las hachas de Cutac. Dobla en tierra la rodilla, que tu padre va a dejar el seno de la tumba para guiarnos, a través de la noche, del pantano y de las sombras de los valientes, al sitio en que cubiertos de musgo y escondidos entre las hierbas altas y silenciosas hallaremos los restos mortales, única reliquia del ara de Vichenú.

XXIII

Pulo se arrodilla, y del tosco sepulcro del bosque se levanta una llama roja, que lanzándose al vacío comienza a caminar con dirección al ocaso.

El cuervo sigue a la llama, y el príncipe al cuervo.

De repente aquélla se detiene sobre la cumbre de la colina, en cuya falda duerme el viento de la noche suspirando entre las hojas de los árboles.

El pájaro de la cabeza blanca tiende el vuelo, y cerniéndose en los aires sobre las ruinas de la Pagoda, llama con una voz al caudillo; éste, maravillado y absorto, sube la suave pendiente que conduce al término de su peregrinación.

CANTO SEXTO

I

Vuelve a tu reino; derrama tus tesoros y trae en tu compañía los artífices más celebrados que en él encuentres. A la luz del sol durante el día, a la de las antorchas durante la noche, que no se dé un minuto de reposo a la ociosidad, fatigando el eco de estos solitarios lugares con el alegre y bullicioso clamor de los trabajadores, a los rudos y sonoros golpes del martillo.

II

Seis años tienes de término para reedificar la Pagoda, que llenará al mundo de admiración y alrededor de cuyas altísimas torres se agruparán las nubes y estallarán las tempestades, como en las crestas de las montañas. Sedas hay en Cachemir, oro en Siam, cedros en Katuy, elefantes en Lahorre y perlas en el golfo de Ormuz. Recorre estos países, y con sus ofrendas y tus adquisiciones la Pagoda de nuestros días resplandecerá como los astros, flotantes moradas de los genios.

Entonces se traba en el alma de Pulo una lucha entre la curiosidad y el temor, lucha que concluye con el triunfo de aquélla.

Un genio del mal guía sus pasos a través de la noche, y éstos se dirigen impulsados por una fuerza incontrastable hacia el lugar en que se encuentra el peregrino.

III

Presta de nuevo atención; nada se escucha. ¿Qué hará? ¡Si fuera posible descubrir un arcano!

Diciendo así, el caudillo de las manos rojas separa las colgaduras de seda y oro que cubren la puerta de la habitación que ocupa el misterioso viajero; un rayo que hubiera caído a sus pies no le asombraría tanto como la escena que se presenta a sus ojos.

IV

El peregrino ha desaparecido.

En mitad del aposento, y al débil resplandor de una lámpara de alabastro, se ve el informe busto de un horroroso ídolo.

La locura en sus fantásticas creaciones, el sueño en sus angustiosas pesadillas, el insomnio en su delirio abrumador, no forjaron nunca una imagen tan repugnante y terrible.

V

No es su rostro el del genio benéfico que protege al príncipe; ese rostro en cuyas facciones se ven grabadas en armoniosas líneas y rasgos atrevidos la noble fiereza, la salvaje y varonil hermosura del dios de la selva; no: la fisonomía de aquella tosca escultura, que sin concluir aún se presenta a los ojos del aterrado Pulo, tiene algo de infernal y medroso: de sus redondas pupilas parece pronto a brotar el rayo y la muerte; su dilatada boca está contraída por una sonrisa feroz; todo en él revela un genio del mal.

Es la imagen de Schiwen y no la de Vichenú.

La impaciencia ha perdido para siempre al desgraciado caudillo.

VI

Este, presa de un vértigo y saliendo de su inmovilidad.—Bracmines, excla en voz alta, despertad de vuestro sueño; la esperanza de dicha que aún

me restaba se ha desvanecido como el perfume de un lirio que besa el simoun. Schiwen venció en el combate; levantad el ídolo que lo representa; llevadlo al ara sobre vuestros hombros al compás de los himnos de luto y el clamor de las plañideras y los címbalos; suyo será el templo de su hermano, y con él mi vida.

VII

Los bracmines y los servidores del príncipe que han acudido a su llamamiento, se apresuran a ejecutar sus mandatos; las apagadas antorchas vuelven a despedir torrentes de luz; los guerreros hieren sus escudos con el pomo de la espada; las roncas bocinas de marfil ahuyentan el tranquilo sueño de los habitantes de Cutac, y la triste e imponente comitiva que conduce al dios de la muerte y del estrago, se dirige a la gigantesca Pagoda, del seno de la cual se escuchan levantarse, crecer y morir temblando en el vacío, medrosos lamentos y horribles carcajadas. Son los genios de la destrucción que solemnizan su victoria.

VIII

El día comienza a despuntar; la luna se desvanece, y el mar se colora con la primera luz del alba. El templo resplandece iluminado en su interior por cien y cien magníficas lámparas de bronce y oro; las blancas nubes que se elevan de los altares, difunden la esencia de mirra y del aloe por los extensos ámbitos de la Pagoda; el príncipe ha ceñido la frente con el amarillo schal, emblema del poder soberano, y cubierto con sus más ricas vestiduras, está de rodillas ante el ara.

Las ceremonias con que los bracmines, invocando la piedad de los genios, han dado posesión al de la muerte del templo de Yaganata, han concluido.

IX

—¡Sacerdotes, caudillos, siervos, prorrumpe al fin el señor de Osira, la cólera de los dioses está suspendida sobre mi cabeza, como una espada pendiente de un cabello; mis manos, que desde la terrible hora en que subí al sólio ningún mortal ha visto desnudas, están manchadas de sangre. Vedlas, esta sangre es la de mi antecesor, la de mi hermano, a quien arranqué la vida con la corona. Schiwen, el dios del remordimiento y de la expiación, me exige ojo por ojo, corona por corona, vida por vida. Cúmplase su voluntad. Sacerdotes, caudillos, siervos: rogad por el último de los Dheli, cuya raza va a desaparecer de la tierra.

La multitud, sobrecogida y llena de terror, permanece en silencio; Pulo, volviéndose hacia el altar en que está colocado el dios, prosigue de este modo, dirigiéndose al informe ídolo, que parece que contrae sus labios con una muda e infernal sonrisa.

X

—Schiwen, enemigo y extirpador de mi raza: si la sangre puede borrar mis culpas, apartando tu cólera de la frente de Siannah, recíbela como mi última ofrenda; pero concédeme al menos que, antes de partir del mundo, la contemple un instante por la postrera vez; que su boca reciba el frío y apagado aliento de la mía; que sus besos cierren mis párpados a la eterna noche de la tumba.

XI

La muchedumbre que ocupa las naves del templo tiene fijos sus ojos en el príncipe, y arroja un grito de horror.

Pulo se ha atravesado con su espada, y el caliente borbotón de sangre que brotó de su herida, saltó humeando al rostro del genio.

En aquel instante, una mujer atraviesa el atrio de la Pagoda, y se adelanta hasta el recinto en que se eleva el ara de Schiwen.

—¡Siannah!, murmura el príncipe, reconociéndola; Siannah, al fin te veo antes de morir. Y espira.

XII

Siannah, la perla de Ormuz, la violeta de Osira, el símbolo de la hermosura y del amor, la que formó Bermach en un delirio de placer, combinando la gentileza de las palmas de Nepous, la flexibilidad de los juncos del Ganges, la esmeralda de los ojos de una *Schiva*, la luz de un diamante de Golconda, la armonía de una noche de verano y la esencia de un lirio salvaje del Himalaya; Siannah, la hermosa entre las hermosas, siguió a Pulo a través de su peregrinación en esas regiones desconocidas de las que ningún viajero vuelve.

Siannah fué la primera viuda indiana que se arrojó al fuego con el cadáver de su esposo.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

Cabeza sana La desidia es casi siempre la causa de que haya tantas cabezas calvas, o con placas, o con caspa. Usando el agua La Flor de Oro, que limpia y tonifica el cabello, curaréis y evitaréis sus enfermedades, conservándolo abundante y con su color primitivo.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

ESCUELA MILITAR UNIVERSITARIA.—COLMENARES, 5 DUPLICADO - MADRID.—La que más reclutas de cuota ha instruído durante el último curso. Es la preferida por el elemento escolar por sus horas de clase, compatibles con los estudios y demás ocupaciones

HEMOS PUESTO YA A LA VENTA LAS

TAPAS

para encuadernar los números publicados por LA NOVELA CORTA desde el ***1.º de Enero*** al ***30 de Junio*** de 1917.

Estas artísticas tapas, son en tela fantasía moaré, con estampaciones

Precio de las tapas, 1'50 pesetas.
A provincias, certificadas, 1,75 pesetas.

Todo pedido deberá venir acompañado de su importe.—No se acepta el pago en sellos

La Novela TEATRAL

ha adquirido la autorización para publicar, entre otras obras:

Trampa y cartón. —de García Alvarez y Muñoz Seca.
Pastor y Borrego. —de García Alvarez y Muñoz Seca.
Aurora. —de Joaquín Dicenta.
Daniel. —de Joaquín Dicenta.
Los cuatro Robinsones. —de García Alvarez y Muñoz Seca.
Doña Perfecta. —de Benito Pérez Galdós.
La loca de la casa. —de Benito Pérez Galdós.
Realidad. —de Benito Pérez Galdós.
Los perros de presa. —de Abati y Paso.
El asombro de Damasco. —de Abati y Paso.

que publicará en breve.

Concesionario exclusivo: LEÓN ORNSTEIN. Mariana Pineda. 8.-MADRID

Imprenta y Talleres de LA NOVELA CORTA, Antonio Palomino, 1.—Madrid.